

639

JUSTITIA PARA EL INDIANO



TIM Mc. COY

25 cts

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XII

APARECE LOS MARTES

NÚM 689

Justicia para el indio

END OF THE TRAIL
1932

Argumento de la película del mismo
nombre, interpretada por el célebre
caballista.

TIM Mc. COY

DISTRIBUCIÓN:
C. I. F. E. S. A.

Central:
Mar, 60
VALENCIA

Sucursal:
Valencia, 263
BARCELONA

REPARTO

Tim	TIM Mc. COY
Claro de Luna	Luana Walters
Anagor	Wheeler Oakman

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Durante muchos años ha existido y existe la idea de que las tribus de indios saqueaban y asesinaban por el mero hecho de haberlo, pero la realidad no es así. Cuando la raza blanca invadió las fértiles praderas, cuyos únicos propietarios eran los indios, elevados por el afán de crearse una fortuna, empezaron a hechar a los moradores de aquellos campos, mas cuando éstos vieron que muy pronto no tendrían un palmo de tierra donde pasar el resto de sus días felizmente, se lanzaron a la guerra llenos de indignación y de ferocidad, llevaron a cabo grandes matanzas jurando el completo exterminio del invasor.

Aquello no convenía al gobierno y entonces trató de engañar a los indios. Los soldados entregaban a las tribus, cajas llenas de "agua de fuego", nombre que los indios daban al aguardiente; de esta forma con

supercherías y prometiéndoles la devolución de los terrenos, las tropas federales se apoderaban diariamente de grandes extensiones.

La paz reinó durante algunos años, pues los indios esperaban pacientemente la restitución de sus tierras y en vista de que nunca veían sus anhelos convertidos en realidad, volvieron a declarar la guerra; pero no presentando franca batalla, sino atacando por sorpresa a las diligencias y a las compañías de tropa que se aventuraban demasiado por la selva.

Aquel día había salido una caravana para dirigirse a aquellos lugares y todavía no hacía dos horas que se hallaban fuera cuando apareció en la sala del capitán que mandaba la tropa, un soldado con visibles muestras de excitación, en su semblante podía verse las huellas de una lucha sostenida rudamente.

Tan arrebatado estaba que el capitán le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi capitán, los indios han asesinado a todos los que íbamos en la caravana! Unicamente yo me he podido escapar de la matanza ...y he recogido un objeto que creo podrá interesar — contestó el soldado, a tiempo que alargaba a su superior un fusil moderno.

El capitán, quedó largo rato perplejo sin acertar de dónde podían sacar los indios un armamento que sólo poseía la tropa del estado, más dispuesto a esclarecer aquel misterio llamó al mayor diciéndole:

—¡Es muy raro que los indios usen estas armas!

—Sí... es raro... — contestó el mayor con un deje de ironía que no pasó desapercibido para el capitán.

—Por su manera de hablar, me parece que usted sabe algo referente a esto.

—No, dé saber algo concreto no..., pero hay cosas que no me gustan.

—Si es que está enterado de algún secreto ¡dígalo!, piense que reportará un gran beneficio a este fuerte. Diariamente las caravanas que se marchan de aquí son asaltadas y saqueadas y en este estado es imposible continuar — dijo con voz grave el capitán.

—Únicamente se que Tim, es muy amigo de los indios y la verdad ¡sospecho de él! — afirmó el mayor.

—¿Acaso quiere decir que... Tim?

—No lo concreto, pero mejor sería que le preguntara a él.

Con estas palabras, el mayor se retiró, no dudando de que lo que había dicho surtiría el efecto deseado.

Efectivamente, el capitán estuvo sumido largo rato en sus reflexiones, hasta que de-

cidido a salir de dudas, hizo llamar a Tim, el que no tardó en presentarse.

Tim era un muchacho de esos que a primera vista agrada, su porte tenía un noble continente y su mirada franca y leal hacían de él una persona simpática, al que se le podía tratar sin rodeos de ninguna clase.

Cuadróse ante el capitán esperando sus órdenes hasta que éste le dijo:

—¡Tim! ¡quiero que me diga que clase de relaciones le unen con los indios!

Tim quedóse asombrado ante la pregunta de su superior; pero como nada tenía que reprocharse contestó:

—Mis relaciones con los indios son puramente amistosas y no me arrepiento de tenerlas, ya que una infinidad de veces ellos han tenido muchas delicadezas para mí y las cuales agradezco.

—Todo esto está muy bien; pero hay una cosa que yo no logro descifrar y que seguramente usted me explicará. ¿Cómo se entiende que los indios nos ataquen con nuestras propias armas? — preguntó el capitán.

—No puedo darle una contestación a esto, por cuanto yo lo ignoro — afirmó Tim.

—Mire usted, durante muchos años ha estado al servicio del estado y le ha prestado servicios de gran valor..., pero ahora todas las pruebas son en contra suya y si verdaderamente usted es culpable, vale más que



Esperaré tranquilo la sentencia.

lo confiese antes de que yo tenga el dolor de verlo por mis propios ojos.

En aquel preciso instante entró el mayor, que llevaba dibujada una sonrisa de ironía y que dijo dirigiéndose a Tim:

—¿Se ha enterado ya de la última azaña de los indios?

—¡Nada tengo de responder a usted! — contestó firmemente Tim.

—Bien. Lo siento mucho Tim; pero no

me queda más remedio que averiguar todo lo que haya sobre este particular y si sale usted culpable quedará destituido para siempre del cuerpo.

—¡Esperaré tranquilo la sentencia! — y dando media vuelta, Tim se alejó de aquella sala, con muestras de estar poseído por una gran pena.

Si que era verdad que tenía mucha amistad con los indios, pero nunca se había atrevido a manchar el uniforme que llevaba, así como tampoco había querido salir nunca a librar batallas con los indios a los que él consideraba tan humanos como los suyos. Miles de veces había expuesto su vida y ahora dudaban de él.

Llegó a la plaza del fuerte y encontróse con su hermano O'Brien que también pertenecía al cuerpo de la montada y le preguntó:

—¿Qué te pasa Tim?

—¡Qué quieres que me ocurra! ¡Dudan de mí e incluso me han amenazado con arrojarme como a un perro! ¡Esta es la recompensa que me ofrecen!

—Lo sabía Tim, pero lo peor de todo es que tu hijo se ha enterado por mediación de otros muchachos y hace un momento que lo he encontrado peleándose con otros diciéndole que tú eres bueno...

—Pobre niño... Si me arrojan del cuerpo,

él tendrá que llevar siempre una culpa que su padre no ha cometido ¡Qué injusticia! — se lamentó Tim.

—Es verdad, si eso hacen contigo, cometerán la injusticia mayor de su vida — afirmó O'Brien.

—Lo mejor será que no digas nada al pequeño y si me echan ya veré la manera de que no se entere mintiéndole piadosamente — contestó Tim.

Pensándolo bien era lo único que podían hacer para que el hijo de Tim no supiera de momento lo ocurrido, puesto que el pequeño tenía un amor muy grande al ejército e incluso lucía el uniforme del cuerpo y diariamente hacía la instrucción vigilado por Tim, el cual con todo el amor y paciencia de que es capaz un padre, le había enseñado todos los ejercicios militares y el pequeño lo hacía a pesar de su tierna edad con una perfección admirable.

Hasta sus oídos había llegado la noticia de que su padre iba a ser destituido del ejército y el que se atrevió a decírselo lo pasó muy mal, pues el pequeño sin temor a nada, la emprendió a golpes con él hasta que lo tuvo en el suelo rendido y le dijo:

—¡Retira inmediatamente lo que has dicho de mi padre!

Y como el vencido se obstinara tercamente en no querer retirar lo que momentos an-

tes había dicho, el hijo de Tim volvió a arremeter con él, hasta que el tío O'Brien que acertaba pasar por aquel lugar, los separó regañándoles cariñosamente:

—¡Esto no se hace!, ¡pelearse como si fuerais mal educados!, ¡promete que no lo volverás a hacer!

—No puedo prometer nada. ¿Porque siempre que insulten a papá le defenderé? ¿Verdad que no sacarán a papá de la policía? ¿Verdad que no es traidor? — preguntó el hijo de Tim con ansiedad.

—No, hijo, no, tu padre es un héroe y le harán muy pronto capitán — contestó O'Brien, con cuyas palabras acababa de hacer la felicidad del pequeño que empezó a saltar y a gritar lleno de contento.

Dió una mirada de olímpico desprecio a su rival y se marchó del lugar de la pelea para ir a abrazar a su padre; pero con gran sorpresa por su parte, cuando llegó a la casa no estaba y pensó que tal vez se había ido a dar alguna batida contra los indios; pero desgraciadamente no era así.

Tim había sido llamado por el capitán, el cual en vista de la gravedad del caso ocurrido, reunió rápidamente a varios generales y al mayor y dijo:

—Señores. La acusación que pesa sobre el oficial Tim es gravísima y en vista de ello



Retira lo que has dicho.

es cuestión de decidir rápidamente el camino que debemos tomar.

—Yo creo que lo más acertado sería destituirle — dijo uno.

—¡La traición se paga con la vida! — dijo el mayor.

—Es verdad más antes debemos oír al acusado — contestó el capitán y luego dirigiéndose hacía un soldado le ordenó —. ¡vaya

en busca del oficial Tim y tráigalo enseguida!

El soldado saludó y partió en busca de Tim que muy ageno a lo que se le preparaba, estaba entreteniéndose con su caballo favorito. Al oír la voz que le decía se presentara ante el capitán, volvióse rápidamente y con la mirada trató de inquirir lo que ocurría; pero el soldado portador de la orden encogiéndose de hombros y partió seguido de Tim que a pesar suyo sentía una creciente inquietud por lo que le pudiera suceder, aunque interiormente estaba tranquilo, ya que nada tenía que reprocharse; pero el temor a una falsa acusación podían más que todos los razonamientos que se hacía.

Llegó ante lo que se consideraba casa del capitán y extrañóse al ver reunidos a todos los generales y oficiales, a más de el mayor y el capitán, pero no por eso dejó sentirse tranquilo, miró a todos los reunidos y dijo:

—Bien. aquí me tienen, ¿qué desean?

—Oficial Tim — contestó el capitán con la voz velada por la emoción —. Siento decirle que ante nuestros ojos aparece como traidor a la patria y por este motivo no tenemos más remedio que expulsarle del cuerpo e incluso deberá desaparecer para siempre de aquí, caso de que no quiera que se le fusile como merece.

—¿Y por qué no lo hacen ahora? — preguntó irónico Tim.

—Porque todavía no tenemos pruebas fehacientes y... más vale que así sea — contestó un general.

—¿Entonces si no tiene pruebas, por qué me acusan? — volvió a insistir Tim.

—Su amistad con los indios le pierde — contestó entonces el mayor.

—Conque la amistad me pierde, ¿eh? Pues sí, ¡soy amigo de ellos porque se lo merecen! El gobierno ha tratado muchas veces el asunto de devolverles las tierras que les pertenecían y sin embargo nunca lo ha hecho, al contrario ¡todavía les ha contestado con plomo! ¡y si ellos han tratado de resistirse, les han arrojado de la poca tierra que tenían y han continuado la matanza! ¿Por qué no cumple el gobierno con lo prometido? ¡por qué enriquecerse a costa de estos pobres hombres a los que tratan como si fueran bestias! ¡Y esto no se puede consentir! ¡no hay persona humana capaz de ver con buenos ojos los engaños que se les hacen a los indios! ¡Por eso soy amigo de ellos!

Todo este discurso lo dijo Tim sin parar y poniendo en su voz una dureza que nunca tenía. Interiormente aquellos hombres que le juzgaban le daban la razón pero no podían dejar traslucirla, porque en ellos hubiera sido un perjuicio.

Con aquellas palabras, Tim sabía muy bien que quedaría destituido del cuerpo y efectivamente después de parlamentar poco tiempo, el capitán dijo:

—¡Ciudadano Tim! ¡Queda usted degradado y expulsado de este lugar para siempre! —luego ordenó:

—¡Mayor quite los galones!

El mayor se acercó a Tim que firme y sin pestañar vió como aquellas insignias para él tan queridas, le eran arrebatadas, luego le quitaron el sable y arrojado del cuartel.

Tristemente sin saber que rumbo iba a tomar, se dirigió a su casa y allí cambió su vestido de soldado por el de cow-boy, requirió sus revólveres y se dispuso a partir sin que nadie le viese, mas su hermano ya estaba enterado de lo sucedido y fué al encuentro de Tim al que le dijo:

—Ya sé lo acaecido... ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé... Partiré de aquí, donde tantos sinsabores y amarguras he tenido...

Quisiera marchar dejándote a Bob aquí... él no tiene derecho a sufrir mi destierro — contestó tristemente.

—No debes hacerlo. Piensa que Bob se enterará de que has sido destituido y entonces será peor para ti, pues creerá que has sido perjuro a la patria ¡tu deber es llevártelo!

—Dices bien hermano, me lo llevaré y que sea lo que Dios quiera de nosotros.

En aquel instante, llegaba Bob y al ver a su padre vestido de cow-boy le preguntó:

—Papá, ¿cómo es que no llevas el traje de oficial?

—Es que el capitán le ha encargado de que vaya de incógnito a ver lo que hacen los indios — contestó O'Brien ocultando la verdad.

—¿Y tardarás mucho tiempo en regresar?

—¡Oh, Bob, no lo sé y por esto tú te vendrás conmigo!

—¡Qué alegría! ¡así veré a los indios de cerca! — exclamó Bob muy contento.

Tim alargó la mano a su hermano que volvió la cabeza a un lado para no dejar traslucir su emoción y Tim llevando a la grupa de su caballo a su querido hijo, partió sin saber que rumbo tomar.

Corrieron todo el día, hasta que llegaron a un sitio en el cual podían descansar y tener agua para beber y allí Bob dijo a su padre:

—Papá, ¿no hacemos hoy la instrucción?

—Sí, hijo, sí — y luego tomando la autoridad que solía tener cuando enseñaba a los nuevos policías dijo — ¡a ver soldado Bob! ¡fírmel! ¡vuelta a la derecha! ¡vuelta a la izquierda!

De esta manera Bob sin darse cuenta

se iba convirtiendo en un soldado; pero ahora su padre no le enseñaba con la alegría de antes, al pensar que tal vez su hijo tendría también un pago tal inmerecido como el que le habían dado a él.

No había terminado el acostumbrado ejercicio, cuando Tim vió a lo lejos una figura que se agrandaba por momentos. En primer lugar creyó que sería un indio y se agazapó detrás de unas matas; pero cuando tuvo cerca al jinete vió con sorpresa que se trataba de su hermano O'Brien.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Pues... nada, ¡he decidido seguirte! — contestó enérgicamente O'Brien.

—Eso quiere decir que has desertado ¿no es verdad?

—Sí, no podía dejarte ir sólo, también debo yo correr los peligros que tú corras, ¡para algo somos hermanos!

—Claro; pero no me gusta tu acción ¡ya hay bastante conque sea uno de nuestra familia que hay sido expulsado! ¡ahora tú también serás buscado y degradado!

Tal como lo había dicho Tim, así sucedió, el ruido producido por una veintena de caballos llamaron la atención a nuestros protagonistas que adivinando lo que ocurría montaron en sus cabalgaduras y se marcharon a toda velocidad, más los caballos de



- Ellos han matado a mi hijo.

la policía eran más veloces que los de ellos y no iban a tardar mucho en cogerlos.

En vista de esto Tim, dirigió su caballo hacia lo más intrincado de la selva, vadeó un río y dando una gran vuelta consiguió despistar a sus perseguidores, los cuales ya les habían hecho algunos disparos, aunque de momento ninguno de ellos parecía herido.

Convencidos de que nadie les seguía Tim dijo a su hermano:

—¡Bueno! de momento nos hemos escapado — y luego dirigiéndose a su hijo le preguntó:

—Que te ha parecido... — pero la frase quedó muerta en sus labios. Bob su hijo del alma había sido herido en la espalda y un hilillo de sangre brotaba de la herida, mientras que sus ojillos ya vidriosos miraba a su padre.

Tim hizo lo posible para contener la hemorragia; pero nada pudo, al cabo de breves instantes el pobre niño había dejado de existir.

Tío O'Brien le abrió la sepultura y allá en medio de la selva quedó el cuerpo de Bob, mientras que su padre se alejaba de aquel sitio con el corazón atravesado de dolor.

Miró a su hermano y le dijo:

—Creo que nunca más volveré a mirar a los míos ¡ellos han matado a mi hijo!

—¡Paciencia Tim! ¡algún día te pedirán perdón!

—No lo creas, si pueden también nos matarán sin ningún escrúpulo — contestó Tim tristemente.

O'Brien trató de no continuar aquella conversación y cuando iba a espolear su caballo vió que encima de aquellas montañas se levantaban nubes de humo, siguieron galopando hacia aquella dirección y cuando estaban ya cerca, aparecieron un centenar

de indios que agitaban sus rifles con intenciones poco pacíficas.

O'Brien sacó sus pistolas presto a defenderse mas Tim le dijo:

—No es necesario que dispares, ellos no lo harán. En efecto los indios pararon sus caballos y el que parecía ser jefe, les dijo en señas:

—¡Marcharos si no queréis incurrir en la ira de nuestros dioses!

—¡Gran Jefe! nosotros somos expulsados por nuestros hermanos blancos ¡te pedimos protección! — contestó Tim.

—Si así es Aguila Blanca os recoge en su tribu.

Ante tan amable invitación Tim seguido de su hermano, fueron hasta el campamento, donde fueron acogidos con entusiasmo, pues muchos conocían ya a Tim, el cual, una infinidad de veces les había salvado la vida.

Los forasteros miraron con creciente curiosidad todo lo que a su alrededor se hallaba, hasta que Tim descubrió a una linda muchacha india que también lo miraba con creciente interés.

Aguila Blanca dióse cuenta de la muda admiración de ambos y dijo a Tim:

—Claro de Luna, es mi hija, ella está contenta al ver un blanco que no traiciona.

La hija del jefe indio se acercó con algún

rubor fervorosamente; luego fué invitado a fumar la pipa de la paz.

Sentado en medio de cinco indios entre los que se contaba el jefe, éste dió comienzo a la sesión diciendo:

—Hombres blancos no cumplen lo prometido. Queremos nuestras tierras, pronto, sino declararemos la guerra.

—Aguila Blanca no debe hacer eso. Nada logrará, los indios son pocos y mis hermanos blancos os matarán enseguida. Tened paciencia, yo lucharé hasta que todo lo que os pertenecía sea devuelto — contestó Tim.

—¡Jefe blanco hablar como un hombre! — exclamó el indio y levantándose ordenó que cesaran los cantos y danzas guereras. Tim le había inculcado la idea de la paz y no le cabía duda que él lograría lo que le había dicho.

Tim habló con su hermano para concretar en la fecha que debían ir hacia el fuerte para tratar de aquel asunto, pero O'Brien le dijo:

—Creo que haces mal en tomar la defensa de esta gente. Al fin y al cabo eres de raza blanca y te quedarás con los nuestros.

—¡Parece mentira que digas esto! ¡Nunca más podré vivir con ellos! — contestó Tim.

—Haz lo que creas conveniente; pero ojalá no te arrepientas luego.

—Sí no quieres acompañarme, quédate aquí ¡Yo volveré! — afirmó Tim.

—Eso no, cuando deserté fué con el ánimo de ayudarte en todo y por todo — contestó decidido O'Brien.

Tim miró a su hermano y dióle unos golpes amistosos en la espalda diciéndole:

—Así pasado mañana partiremos. He prometido a Aguila Blanca que si no consigo lo que anhelo que entonces haremos la guerra.

Claro de Luna puso fines a la conversación de los dos hermanos cogiendo a Tim por la mano hasta llevarle en una canoa que puesta exprofeso les esperaba para dar un paseo.

Instalados en la embarcación, Claro de Luna dió un rápido golpe con el canaleta y la frágil canoa emprendió la marcha.

Durante el paseo Tim enseñaba a la muchacha algunas palabras de su idioma que Claro de Luna repetía hasta que quedaban gravadas en su memoria, pero lo que seguramente Tim no esperaba es que la india le dijera:

—Te amo.

Imposible describir el asombro que se pintó en el semblante del bravo muchacho, asombro que fué en aumento al oír que Claro de Luna con su lenguaje pintoresco continuaba:



Aguila Blanca no debe hacer eso.

—Hace ya tres lunas que la niña india no duerme el amor le arrebató el sueño y quiere saber si el Jefe Blanco le ama.

—Lo has dicho bien, niña india, eso eres una niña. Yo te quiero como a una hermana, mi corazón está lleno de amarguras y tal vez no sé apreciar bien el sentido de tus palabras. Pasado mañana me marchó y tal vez no vuelva nunca... trata de olvidar...

—No podré, Claro de Luna únicamente

amará una sola vez, si su Jefe Blanco muere ¡ella también morirá! — dijo como una sentencia la india.

Tim condolióse mucho ante aquellas palabras, pues sabía muy bien que el juramento de un indio era cosa sagrada; pero nada podía hacer. Su vida era muy agitada para que pensara en formar un nuevo hogar, aunque este fuera tan libre que tenía por techo la diafanidad del firmamento.

Ambos quedaron absortos en sus pensamientos hasta que llegaron al campamento y una vez allí Tim ayudado por su hermano empezó a arreglar la valija que necesitaba para su marcha al fuerte.

SEGUNDA PARTE

Transcurrió el día sin que nada alterara en lo más mínimo la vida de la tribu y todos esperaban con ansiedad la respuesta que Tim les traería, y esto que todavía no había salido; pero contaban que en breves horas sabrían si deberían declarar la guerra o tendrían sus tierras.

Por fin Tim y su hermano marcharon del campamento acompañados de algunos indios que sin atender a ninguna recomendación deseaban despedir a sus amigos en la mitad del viaje; mas un lamentable incidente debía cambiar por completo los pensamientos de Tim.

Escasamente habían recorrido cuatro kilómetros cuando vieron llegar a galope tendido las tropas del gobierno. Los indios con su instinto, advirtieron que iban a ser atacados y rápidamente se lanzaron de sus monturas para defenderse. Tim y O'Brien hi-

cieron lo mismo. No tardó un minuto en librarse una sangrienta batalla, los indios se cumbían ante la superioridad numérica del enemigo y mal lo hubieran pasado a no ser por los certeros disparos de Tim que mantenía a las tropas a raya.

Tim peleaba como cien, más todo su coraje marchó como por encanto al ver a su hermano que caía víctima de un disparo. Dejó su pistola y levantando la cabeza del herido le dijo:

—¡No será nada... pronto estarás bien!

—Es inútil que trates de engañarme... voy a morir.

Sus palabras apenas fueron oídas, reclinó la cabeza en el pecho de su hermano y expiró.

Aquellos momentos fueron aprovechados por las tropas que se lanzaron desesperadamente al ataque, haciendo huír a los indios y cogiendo prisionero a Tim que no hizo el menor gesto para defenderse.

El mayor era el que dirigía las tropas y al tener al que consideraba como su mayor enemigo le dijo:

—Bien, no te faltaba otra cosa ¡traidor me parece que poco tiempo vivirás!

—¡Moriré, pero antes tal vez morirá usted! — contestó Tim.

Sin ninguna clase de consideraciones Tim

fué conducido al fuerte como si fuera un malhechor.

El mayor todavía no estaba satisfecho de su obra, necesitaba para calmar su odio la vida de Tim y estaba dispuesto a que se le ahorcara sin remedio.

Condujo al prisionero ante el capitán diciéndole:

—Después de cruenta lucha he conseguido capturar a este renegado, que no contento con armar a los indios, él mismo ha disparado contra nosotros.

—Tim, nunca puedo sospechar que fuera usted capaz de cometer semejante vilanía... excuso decirle lo que le espera — dijo el capitán, a lo que recibió esta contestación:

—Todo me acusa de ser infiel, mas sepa usted que nunca he dado un arma a los indios. Ellos me han depositado su confianza para que haga las investigaciones oportunas a fin de que les devuelvan sus tierras. Si mañana no estoy de regreso caeran sobre el fuerte y no quedará nadie... están excitadísimos.

—Eso lo dice para amedrantarle capitán; es imprescindible que se le ahorque al instante — sugirió el mayor.

Tim no pudo contenerse y se abalanzó sobre su declarado enemigo; pero los soldados que le tenían cogido le impidieron que castigara al mayor.

TERCERA PARTE

Aguila Blanca tenía a sus guerreros preparados para que en el caso de que Tim no volviera lanzarse sobre el fuerte y recuperar su libertad. Aguardaron pacientemente; pero en vista de que no volvía, montaron en sus caballos y en desenfrenada carrera llegaron al fuerte y empezaron a disparar sus fusiles y flechas causando en breves instantes un número considerable de bajas.

—Comunica al capitán que se conceda un trozo de terreno y si me deja en libertad podría ahorrar muchas vidas.

El carcelero obedeció y dió la noticia a su superior, pero como estaba obcecado por las insidias del mayor, no hizo caso a las recomendaciones de Tim, ordenando la defensa del fuerte, cosa que él creía muy fácil y que en realidad resultaba difícilísima, debido a que los indios cada vez se acercaban más,



Disparó contra Tim.

aun exponiéndose sus vidas y amenazaban con penetrar en el fortín.

Muchos soldados yacían inertes sin vida; el mayor se multiplicaba acudiendo a todos sitios para dar ánimos a las tropas; pero todo era inútil; claramente se veía que al fin sucumbirían y entonces nadie quedaría con vida. Las municiones tocaban a su fin y ya algunos tiradores decían;

—¡No podemos pelear! ¡nos quedamos sin balas!

—¡Aprovechar los cartuchos! ¡que nadie tire si no tiene blanco seguro! — contestaba el mayor.

Todas las recomendaciones eran inútiles, los indios cegados disparaban sin cesar y puede decirse que todos los tiros causaban una baja.

El viejo capitán veía la derrota que se avecinaba y en su orgullo de militar no podía admitirla, entonces buscó al mayor hallándole en el instante que una bala se le incrustaba en el vientre. Corrió a cogerle, oyendo de sus labios lo siguiente:

—Capitán; Tim es inocente... yo fui el que daba armas a los indios... sólo Tim podrá contenerlos... Perdóneme...

El mayor hizo una mueca de dolor y pagó con su vida la infamia echada sobre Tim.

Mil remordimientos tuvo entonces el capitán, el cual fué a buscar a Tim diciendo:

—¡Lo sé todo! Le ruego que me perdone y que vaya a decir a los indios que les dará lo que pidan!

No tuvo necesidad Tim de oír más, libre de su encierro, corrió a las puertas del fuerte, las abrió de par en par y cesaron como por encanto los tiros.

Acercóse a Aguila Blanca diciéndole:

—¡He sido escuchado! ¡Dentro de poco

tendréis vuestras tierras! ¡ahora marchaos y prometo volver a vosotros!

Gritos de reconocimiento y alegría salieron de todos los pechos de los indios. Tim había logrado su nuevo sueño, volvió al fuerte y uno de los soldados herido en la lucha levantó su fusil y disparó contra Tim que cayó herido gravemente.

Los indios creyeron que habían sido víctimas de un engaño e iban a proseguir la batalla; pero vieron que el capitán y algunos soldados recogían el cuerpo del infortunado Tim y lo atendían cuidadosamente. Entonces depusieron su actitud dispuestos a aguardar a que Tim les diera sus tierras.

CUARTA PARTE

Pasaron unos días y ya Tim levantóse del lecho dispuesto a proseguir la petición para los indios, encontrándose con el capitán que le dijo:

—¡Pocos hombres hay como usted! — Yo le ruego me perdone si es que puede y le comunico que devolvemos a los indios sus tierras. Nosotros viviremos con ellos, esperando que una era de paz y bienestar se abra ante nosotros. Además, si lo desea, puede volver a ingresar en el cuerpo, no como oficial sino como capitán... yo soy viejo y necesitamos otro que ocupe mi lugar.

—¡Gracias! — pudo contestar Tim emocionado.

Luego dió la grata nueva a los indios y ya iba a retirarse cuando una mano se posó encima de su hombro, era Claro de Luna que no podía avenirse a la idea de perder a su amado, miróle tiernamente diciéndole:

—Soy feliz porque tú lo eres; pero más lo seré si te decides a quererme. En estos días he aprendido a amarte más.

Tim cogió la barbilla de la joven india y le contestó:

—De ahora en adelante tú serás mi mujer y las razas distintas quedarán unidas ante nuestro amor.

Y mientras la feliz pareja saboreaba las dulzuras del primer beso, el capitán y demás soldados también se sentían alegres al ver que por mucho tiempo desaparecía el negro y fatal fantasma de la guerra.

FIN

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA en
Ediciones Biblioteca Films 1'00 pta. el tomo

GLORIA DE UN DIA
LA NOVIA DE FRANKENSTEIN
EL REY SOLDADO
ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL
OJOS NEGROS
LA ALEGRE DIVORCIADA
UNA NOCHE DE AMOR
LA VIUDA ALEGRE
EL CABALLERO DEL FOLIES
EL IMPERIO DE CRIMEN

CORAZONES ROTOS
LA TELA DE ARANA
LA DIOSA DEL FUEGO
PASAPORTE A LA FAMA
EL LOBO HUMANO
ROBERTA
NOCHE NUPCIAL
LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA

HORROR EN EL CUARTO NEGRO
MAZURCA
EL CARDENAL RICHELIEU
EL ESCANDALO DEL DIA
LA FERIA DE LA VANIDAD
DEJADA EN PRENDA
MARES DE CHINA

Producciones nacionales i filmadas en español

20.000 DUROS
RUMBO AL CAIRO
EL MALVADO CARABEL
EL OCTAVO MANDAMIENTO
PODEROSO CABALLERO
ALAS SOBRE EL CHACO
EL DIA QUE ME QUIERAS
EL GATO MONTES
UNA MUJER EN PELIGRO

Selección Films de Amor

50 cts. tomo.

CAUTIVO DEL DESEO
ROSAS DEL SUR
EN MALA COMPANIA
DRACULA
EL HOMBRE QUE VOLVIO
POR SU CABEZA
SANTA JUANA DE ARCO
CASTA DIVA
LO SMISTERIOS DE PARIS
EL CUARTO NUM. 309

EL HOMBRE DE LOS BRILLANTES
AVENTURA ORIENTAL
EL NIDO DESHECHO
EL ACORAZADO MISTERIOSO
CRIMEN Y CASTIGO
VIDA MIA
SUENA EL CLARIN
SUCEDIO UNA VEZ

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Ediciones Biblioteca Films

LA MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

GLORIA DE UN DIA	Katharine Hepburn.
LA NOVIA DE FRANKENSTEIN	Boris Karloff.
EL REY SOLDADO	Emil Jannings.
ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL	W. Baxter. - M. Loy.
OJOS NEGROS	S. Simon. - Harry Baur.
LA ALEGRE DIVORCIADA	G. Rogers. - F. Astaire
UNA NOCHE DE AMOR	Grace Moore.
LA VIUDA ALEGRE	Maurice Chevalier.
EL CABALLERO DEL FOLIES BERGERE.	Jeannette Mc Donald.
EL IMPERIO DEL CRIMEN	Maurice Chevalier.
CORAZONES ROTOS	James Cagney.
LA TELA DE ARANA	Katharine Hepburn.
LA DIOSA DEL FUEGO	M. Loy. - W. Powell.
PASAPORTE A LA FAMA	Helen Cahagan.
EL LOBO HUMANO	Edward G. Robinson.
ROBERTA	Henry Hull. - W. Oland.
NOCHE NUPCIAL	G. Rogers-Irene Dunne
LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA	Gary Cooper.
HORROR EN EL CUARTO NEGRO	Preston Foster.
MAZURKA	Boris Karloff.
EL CARDENAL RICHELIEU	Pola Negri.
EL ESCANDALO DEL DIA	George Arliss
LA FERIA DE LA VANIDAD	Clark Gable
DEJADA EN PRENDA	Miriam Hopkins
MARES DE CHINA	Shirley Temple
SOMBRERO DE COPA	C. Gable-Jean Harlow
QUIEREME SIEMPRE	F. Astaire-G. Rogers
LAS CRUZADAS	G. Moore-L. Carrillo
	L. Young-E. Wilcoxon

Producciones nacionales y filmadas en español

PODEROSO CABALLERO...	Casimiro Ortas.
20.000 DUROS	Charito Leonis.
RUMBO AL CAIRO	Miguel Ligeró.
EL MALVADO CARABEL	A. Colome. - A. Vico.
EL OCTAVO MANDAMIENTO	Lina Yegros.
ALAS SOBRE EL CHACO	Ramón de Sentmenat.
EL GATO MONTES	L. Tovar. - A. Moreno.
EL DIA QUE ME QUIERAS	Pablo Hertogs.
UNA MUJER EN PELIGRO	Carlos Gardel.
INCERTIDUMBRE	Antoñita Colomé
	Ramón de Setntmenat

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado Franqueo gratis.